Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A LA

ILMA. SRA. DÑA. CARMEN ALCAIDE GUINDO

SEVILLA, 17 DE NOVIEMBRE DE 2006

Discurso de contestación

a cargo del Excmo. Sr. D. Manuel J. Lagares Calvo

Excmo. Sr. Presidente
Sras. y Sres. Académicos
Señoras y Señores

Mis compañeros y nuestro Presidente han tenido la gentileza, que agradezco sinceramente, de concederme el honor de acoger a Dª Carmen Alcaide Guindo como miembro de esta Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía y de contestar a su preceptivo Discurso de ingreso.

En el ejercicio de tan honrosa tarea, quiero comenzarla afirmando que Dª Carmen Alcaide es bienvenida a nuestra Corporación, lo cual constituye una verdad sin paliativos. Pero, en mi caso concreto, decir tan solo eso significaría minusvalorar la auténtica alegría de quien en estos momentos les habla.

Alegría por tres motivos, al menos, que concurren especialmente en el ingreso de la Sra. Alcaide en nuestra Academia. El primero, sin duda, el conocimiento que tengo de ella y de su familia, desarrollado a lo largo de muchos años en el plano profesional y personal. El segundo, la condición femenina de Dª Carmen, que permite ir ampliando la relación de miembros de esta Academia con mujeres de grandes méritos representando mejor así a la estructura actual de la población española. El tercero, finalmente pero no en último lugar, la formación y valía de quien hoy se incorpora a nuestra Academia.

Dª Carmen Alcaide pertenece a una conocida familia de grandes económetras y estadísticos. Su tío, D. Ángel Alcaide, fue Catedrático de Econometría en la Facultad de Ciencias Económicas de la Complutense y, como tal, maestro mío en esa disciplina. Mantuve con él una larga relación de amistad que se materializó en muchas ocasiones pero, especialmente, en sus sabios consejos para el desarrollo de mi Tesis doctoral donde, al hilo del análisis de los incentivos fiscales, abordé la estimación econométrica de

la inversión empresarial en España, tarea que no hubiera resultado posible sin la dirección informal y la amistad y afecto de D. Ángel Alcaide.

Respecto al padre de Dª Carmen, D. Julio Alcaide, hay pocas personas que se dediquen a la economía en nuestro país y no hayan leído sus numerosísimos trabajos o hayan utilizado sus acertadas estimaciones de nuestra realidad económica. Estuvo y fue el motor de la primera estimación de nuestra Contabilidad Nacional y aún hoy, medio siglo después de aquella impresionante aventura, sigue valorando cada año la evolución de la economía nacional y la de sus diferentes regiones. Una tarea de cíclope que él sigue desarrollando con la misma fuerza y entusiasmo que en sus años más jóvenes. A D. Julio Alcaide le conocí también cuando todavía era estudiante en la Facultad y me acercaba a Información Comercial Española a recibir consejos y enseñanzas impagables de mi maestro D. Enrique Fuentes Quintana. Después coincidimos en muchas aventuras intelectuales y administrativas, entre las que tengo que destacar la de nuestra participación en las tareas de la Vicepresidencia Económica del Gobierno durante los tiempos de los Pactos de la Moncloa.

Comprenderán por todas esas circunstancias que para mí constituya una gran alegría y un alto honor recibir hoy a Dª Carmen Alcaide en esta Academia. Pero no solo la he conocido a través de su familia sino también directamente, por sus numerosos trabajos y su dilatada labor profesional, que me han permitido mantener con ella frecuentes contactos a lo largo de muchos años y comprobar su ascendente evolución en todos los ámbitos. En su actual posición de Presidenta del Instituto Nacional de Estadística a veces esos contactos se han producido a través del Consejo Nacional de Estadística y de su Comisión Permanente, de los que soy miembro. Pero, sobre todo, tengo la oportunidad de coincidir y debatir frecuentemente temas económicos con Dª Carmen en el Consejo de Redacción de la Revista "Economistas", en el que con otros amigos propusimos su ingreso hace ya algunos años.

Pero no son estas, como fácilmente se comprende, las razones que justifican el ingreso de la Sra. Alcaide en nuestra Academia. Tampoco su condición femenina -aunque a ese aspecto tan relacionado con su Discurso de ingreso me referiré luego- sino su amplia formación y los méritos que ha venido acumulando a lo largo de su dilatada trayectoria profesional, a los que hago referencia seguidamente.

Dª Carmen Alcaide Guindo nació en Madrid en el seno de una familia –la de D. Julio Alcaide y Dª María del Carmen Guindo- caracterizada muy especialmente por haber recibido en varias ocasiones los Premio Nacionales de Natalidad. Nada menos que veinte hijos tuvieron los Alcaide, de los cuales viven diecinueve. Carmen fue la mayor de todos sus hermanos y ya pueden suponer lo que en aquellos tiempos implicaba, en cuanto a responsabilidades y tareas, ser la mayor y, además, mujer en tan numerosa familia. De las tareas pudo en gran medida librarse gracias, en primer término, a su madre, que la impulsó siempre hacia sus estudios y la apoyó para que los siguiera y, en segundo lugar, gracias también a la buena y funcional organización que su padre, D. Julio, supo imponer en tan numeroso y complejo colectivo.

Pero de las responsabilidades respecto a sus hermanos no se pudo librar porque ella tampoco quiso nunca eludirlas. Trató de ayudarles y de orientarles siempre e, incluso, se hacía personalmente cargo en solitario de la mayor parte de ellos durante las vacaciones de Semana Santa en la casa familiar de Robledo de Chavela. Resulta difícil imaginar como por entonces pudo Dª Carmen encontrar hueco y fuerzas no ya para seguir sus estudios de Bachillerato sino, además, para cursar una carrera universitaria.

La verdad es que en eso de la carrera quizás –y quizás afortunadamente- le falló algo la voluntad. Me ha confesado que le hubiera gustado cursar Medicina, pero que la consideró demasiado larga y difícil para sus circunstancias y por ello, siguiendo la trayectoria de su padre y de su tío, terminó eligiendo la Economía. Lo que si me ha resaltado Carmen con agradecimiento es el importante papel de su madre en sus estudios

universitarios, incitándola continuamente y apoyándole y animándole en los momentos de mayor dificultad o desánimo. Recién terminada su carrera, con veintidós años Dª Carmen se casa y de su matrimonio tiene tres hijas de las que, por ahora, ha recibido ya cuatro nietos. Además de todo eso, todavía le quedó tiempo para realizar un Master en Dirección de Empresas en la Universidad de Navarra.

En el ámbito profesional comienza a trabajar de inmediato como interina en el Instituto Nacional de Estadística, del que hoy es Presidenta, pero pronto se incorpora al Servicio de Estudios del Banco de Bilbao, donde su padre es, en una primera etapa, su jefe y su maestro. En ese Servicio de Estudios comienza por colaborar en los trabajos de su padre y pronto alcanza puestos de mayor relevancia. Sus tareas iniciales se centran en los estudios sobre la distribución provincial de la renta, siguen por los análisis de coyuntura y terminan, después de años de una brillante trayectoria profesional, haciéndose cargo de la jefatura de los análisis de los mercados monetarios internacionales.

En 1998 a Dª Carmen le encomiendan la creación del Servicio de Estudios del Instituto de Crédito Oficial, donde permanece hasta que D. José Folgado, entonces Secretario de Estado en el Ministerio de Economía, la propone a D. Rodrigo Rato para la Presidencia del Instituto Nacional de Estadística. He de mencionar igualmente que estuvo muchos años de Profesora de Estadística Aplicada a las Ciencias Sociales y de Economía Española en las Universidad Complutense, en la Carlos III y en la de Alcalá.

Sus publicaciones, numerosas y bien fundamentadas, se refieren básicamente a temas estadísticos y de economía española y muestran bien a las claras su capacitación y experiencia en estos temas y en los análisis de coyuntura. Pero dedicaré ahora lo poco que ya resta de mi limitado tiempo a un breve comentario al excelente discurso que, bajo el título de "Una mirada estadística sobre el papel de la mujer en la Sociedad", acaba de pronunciar Dª Carmen Alcaide, cumpliendo así el requisito preceptivo para su ingreso en nuestra Corporación.

De este trabajo de Carmen Alcaide puede decirse, en primer término, que es el que fundadamente cabría esperar de su trayectoria profesional y humana, de su propia circunstancia vital y de los ideales y objetivos que se ha trazado y a los que ha intentado servir a lo largo de su existencia. Como ya ha quedado claro en el análisis de su trayectoria profesional, Carmen Alcaide es una economista que ha dedicado una parte importante de su vida a la estadística. Pero Carmen Alcaide es también una mujer que ha luchado por la defensa de la condición femenina, que ha sentido más de una vez en si misma las dificultades especiales que conlleva todavía ser mujer en España y desempeñar cargos relevantes en la empresa privada o en el sector público, que ha experimentado muchas veces en si misma y en su entorno el influjo oculto de esas fuerzas que siguen tratando de relegar a la mujer a un plano secundario en la sociedad española.

Por eso su discurso no podía referirse más que a una mirada estadística sobre el papel de la mujer en la sociedad, aunque la mirada de Carmen no es solo estadística sino, como todos hemos podido comprobar hoy, una mirada cálida y apasionada, una mirada partidaria y sufrida, sobre la evolución de la mitad de nuestra población desde donde abarcan los datos y, especialmente, desde el principio del siglo XX hasta la pequeña parte que ya llevamos vivida del nuevo siglo XXI.

Tres aspectos me gustaría resaltar especialmente del trabajo de Dª Carmen Alcaide. El primero, su excelente aprovechamiento de la información estadística disponible. El segundo, la fuerza con que se manifiesta en su estudio el propio impulso de las mujeres en la mejora de su condición dentro de la sociedad española. El tercero, la importancia de la educación como instrumento que les está permitiendo superar las tradicionales barreras y obstáculos sociales.

Comenzando con el aprovechamiento de la información estadística disponible, no cabe duda de que el Apéndice de este Discurso constituye una aportación sistematizada y exhaustiva de las variables y datos estadísticos que configuran y explican la realidad social de la mujer hoy en

nuestro país. Sin duda esos datos existían antes del trabajo de Dª Carmen Alcaide, pero reunirlos ordenada y sistematizadamente en un solo documento permite apreciarlos en toda su significación y crudeza. Por eso, ya de por sí ese Apéndice constituye una pieza muy valiosa de información que se potencia aún más con el inteligente uso de la misma que ella ha efectuado en su discurso de esta mañana.

Pero, al mismo tiempo, ese Apéndice es también pieza de convicción sobre la despreocupación de nuestros gobernantes y hombres públicos respecto a la información de género. Los censos españoles del siglo XVII y XVIII no estuvieron interesados por conocer ni el número de mujeres en nuestro país ni su condición laboral o sus circunstancias económicas. Hasta fechas tan recientes como los primeros años del siglo XX no se inicia una tímida y corta referencia a los niveles de educación femenina. Hasta casi hace cincuenta años no encontramos en nuestras estadísticas informaciones más extensas sobre la situación social y las características demográficas más importantes de nuestras mujeres. Y solo con el advenimiento de la democracia y la implantación de nuevos métodos y técnicas en nuestros censos comienza a disponerse de una información estadística más amplia sobre las mujeres en España. Quede aquí expresa constancia del inestimable valor de la información estadística que, sistemáticamente ordenada, ha presentado Dª Carmen Alcaide en su Discurso.

El segundo aspecto que cabe resaltar en el trabajo de Dª Carmen Alcaide es su clara línea argumental respecto a algo que a veces se olvida. El ascenso de las mujeres en la sociedad española se ha producido gracias al esfuerzo continuado de las propias mujeres, mucho más en todo caso que por la ayuda de los hombres. Esa es una de las líneas argumentales más destacables del trabajo que ahora comentamos. He de confesar que, dentro de esa línea argumental, me ha sorprendido conocer que incluso algunas señaladas mujeres que habían consagrado su vida a la defensa de la condición femenina –Victoria Kent y Margarita Nelken, en concreto- no estuvieron a favor de que se concediese el derecho al voto a las mujeres

durante la II República, alegando para ello su falta de preparación para ejercerlo, es decir, alegando el mismo argumento que venían esgrimiendo a lo largo de la Historia quienes se oponían al reconocimiento pleno de la personalidad de la mujer.

Por eso, duro y largo ha tenido que ser el camino que han debido recorrer las mujeres españolas para arribar al pleno reconocimiento de sus derechos civiles y, sobre todo, para ocupar el todavía modesto puesto que hoy tienen en nuestra sociedad. Hay que reconocer, además, que ese puesto se lo han tenido que ganar prácticamente solas con su esfuerzo y no a consecuencia de gratuitos consentimientos ni ayudas. Es más, quizás algunas ayudas artificiosas es posible que hayan creado en otros momentos o estén creando hoy corrientes de rechazo en la sociedad masculina, aún proclive a otros valores bien opuestos. Esas corrientes quizás podrían terminar a largo plazo por no favorecer, sino más bien por perjudicar, a las mujeres.

Pero también he de resaltar que alguna ayuda –y muy valiosa, por cierto- han tenido las mujeres en este largo y duro camino. Porque, sin lugar a dudas, las mujeres de cada generación han contado en la mayoría de las ocasiones con el impulso incontenible de sus propias madres, que han querido para sus hijas una situación mucho mejor que las que ellas mismas habían tenido y las han impulsado a buscarlas. Creo que Dª Carmen Alcaide sabe algo de eso, del papel de una madre que trató de incentivar su estímulo a superarse en su papel tanto en la familia como en la sociedad. Del papel de ella misma en relación con sus propias hijas.

No significa esto que los padres se hayan desentendido sistemáticamente del porvenir de sus hijas. Ni mucho menos, pero casi siempre el porvenir que han considerado deseable para ellas se ha fundamentado más en la continuidad de roles que un cambio importante de papeles. De ahí que hayan sido generalmente las madres las que han concebido para sus hijas papeles distintos y siempre superiores a los que ellas mismas lograron alcanzar en la sociedad de su época. Las que han

pensado en mayores cotas de independencia y de libertad para sus hijas y han tratado de ponerlas en el camino de conseguirlo han sido casi siempre las madres. Sin ese afán continuado de muchas madres por mejorar la condición de sus hijas poco hubiesen podido logrado éstas. Y eso me lleva al tercer aspecto que quería hoy resaltar del valioso trabajo de Dª Carmen Alcaide: la educación como motor principal del progreso personal de las mujeres.

Porque si hay algo que haya llevado a las mujeres a su situación actual en España, ese algo es la educación. Y si hay algo que pueda impulsar en un futuro próximo a las mujeres en España a una posición de auténtica igualdad, cuando no de efectivo predominio, ese algo es también la educación. La educación en los valores democráticos, es decir, en la creencia de que el ser humano, hombre y mujer, tiene que ser libre para elegir su propio destino y la educación en la creencia de que el ser humano, hombre y mujer, tiene que derecho a una consideración igual en lo que Rawls entendía como bienes básicos –igualdad política e igualdad económica, compatibles con el respeto a la libertad de los demás y con los necesarios incentivos para el progreso- constituye la auténtica llave del progreso de la mujer.

Pero hay que añadir más. Los valores de la democracia constituyen el marco indispensable para ese progreso. Pero dentro de ese marco indispensable hay que introducir también la educación para el hacer, la educación para participar en el esfuerzo colectivo, la educación para las tareas productivas que una sociedad necesita para procurarse el bienestar diario. Y es en ese aspecto de la educación donde el porvenir –e, incluso, el presente- se ofrece más prometedor a la mujer española de hoy. Está superando ya al hombre en sus niveles educativos, como los datos de Dª Carmen Alcaide demuestran fehacientemente. Pronto lo superará también en su papel en la sociedad, porque una sociedad eficiente no puede subsistir hoy arrinconando a papeles secundarios a quienes comienzan ya a ostentar el liderazgo en cultura y formación.

Quedan importantes barreras por superar, en España y en la mayor parte del mundo más avanzado, muchas de ellas derivadas de la propia realidad de la maternidad femenina, circunstancias cuyo desconocimiento u olvido podría afectar negativamente –como quizás ya lo esté haciendo- a las tasas de crecimiento de la población. Pero no se olvide que para muchas de esas barreras u obstáculos, para muchas de esas importantes circunstancias, existen eficientes soluciones, ya probadas en algunos países y que poco a poco terminarán por extenderse a todos los demás.

Permítanme, Sr. Presidente, Sres. Académicos, Señoras y Señores, terminar con una última consideración al hilo del Discurso de Dª Carmen Alcaide. Permítanme no jugar a profeta, pues el futuro escapa las más de las veces de las manos del hombre para quedar, como pensaba Epicuro, en la de los dioses, sino hacer alguna predicción condicionada, algo menos espectacular pero mucho más provechoso para manejarse en el mundo cotidiano. Esa predicción se refiere a lo que hoy mismo podría representar en nuestra economía la incorporación de la mujer al trabajo, en la misma proporción en que lo hacen actualmente los hombres y con sus mismos porcentajes de empleo.

Si las mujeres españolas se incorporasen al trabajo y al empleo en la misma proporción en que hoy lo hacen los hombres, eso nos daría una población empleada no ya de los diecinueve millones, seiscientos noventa y tres mil cien personas de hoy, según los datos de la última Encuesta de Población Activa, sino quizás de unos veintitrés millones, ochocientos noventa y tres mil empleados, es decir, un 21,3 por 100 más de población empleada que la actual.

Pero sigamos construyendo nuestra predicción condicionada. Si ahora tomásemos el valor medio de la elasticidad de nuestra producción al empleo, una población empleada de casi veinticuatro millones de personas podría conducirnos a un aumento de nuestro PIB de casi un 9 por 100 sobre su cuantía actual, bajo la hipótesis de que no aumentase la dotación de capital por empleado. Pero si esa dotación de capital también aumentase

de forma proporcional al número de personas empleadas, el aumento de nuestro PIB podría situarse por encima de un 20 por 100 respecto a su cuantía actual.

Eso es, quizás muy groseramente medido, lo que nos viene a costar en términos económicos la discriminación de la mujer en relación con los varones. A ello habría de añadirse todo el enorme coste que, en valores no mensurables en esos términos, pero de fuerte impacto para las personas, supone siempre cualquier situación discriminatoria.

Ya sé bien que los procesos de cambio no son instantáneos y que llevará su tiempo tanto incorporar al trabajo a esa masa importante de mujeres, o a las cohortes que las sustituyan en los próximos años, como acumular el cuantioso capital que representa el utillaje necesario para llevar a término esa incorporación en condiciones razonables de productividad. Entiéndase, por tanto, este ejercicio como nada más que eso, como un mero ejercicio para evaluar una aspiración quizás solo posible de alcanzar a medio plazo. Pero es también evidente que una sociedad inteligente y avanzada como la española no puede permitirse el tremendo despilfarro que, en términos de puro bienestar material, representa hoy la discriminación de la mujer.

Por eso, Sr. Presidente, Sres. Académicos, Señoras y Señores, quiero pensar que, posiblemente dentro de no mucho, antes incluso de lo que razonablemente pueda esperarse, el Discurso de Dª Carmen Alcaide represente tan solo una inteligente descripción de nuestro pasado y no ya un análisis apasionado de nuestro presente. También estoy convencido de que ese Discurso constituirá tan sólo el comienzo de una relación que promete ser fructífera y enriquecedora para todos.

Bienvenida sea Dª Carmen Alcaide a la Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía.